

timón del hogar: mis angelicales hermanitas Carmencita y Concha: la doncella o ama de llaves, aquella buena y sencilla mujer que era como un miembro más de la familia: y yo, tierno adolescente entonces, ajeno a las amarguras que tantas espinas habían de sembrar más tarde en el camino de mi vida.

Ataviados con nuestros vestidos domingueros, porque aquel día era para nosotros como una fiesta de precepto, en la que la más grave y estricta obligación consistía en oír la Santa Misa, íbamos muy de mañana, sonrientes y alegres, al cuarto de mi madre que también estaba ya preparada; y le ofrendábamos con nuestro purísimo ósculo de amor filial, las primicias de nuestra felicitación, que ella recibía gozosa y complacida, para devolvernos a su vez aquel otro ósculo de amor intenso de madre que tanto codiciábamos, y cuyo calor y fuego jamás he vuelto a sentir desde que se fué ella.

En la Capilla de la Soledad, la predilecta de mi madre, asistíamos al Santo Sacrificio, y recibíamos el Pan de Vida, primero nosotros, los niños, los inocentes, cual si fuésemos la ofrenda que a Jesús hacían los padres de mi alma; y detrás, ellos, graves, religiosos, dignos, con toda la cristiana majestad de los varones y damas de antaño. Y todos los corazones fundidos en uno por la llama del divino fuego, saboreábamos las

suaves dulzuras de otra vida mejor, que todos menos yo parecían presentir ya, pues habían muy pronto de volar al cielo.

Y luego, al volver a casa y sentarnos a la mesa para tomar el desayuno; con qué afán, con qué emoción y sobresalto infantiles observábamos la sorpresa que causaban a mi madre los obsequios y presentes que la doncella ponía en sus manos; y que según decía ella, aunque la voz y la sonrisa la delataban, habían traído de fuera mientras asistíamos a misa; pero eran los regalos que mis hermanitas y yo habíamos, hacia días, preparado con interés y solicitud verdaderamente filiales: el pañuelito de seda bordado por Carmencita con paciencia benedictina: la humilde puntilla de palillos que con sus marfileños y diminutos dedos había hecho la pequeña Conchita: la cartulina pintada con profusión de flores y pájaros y adornos, que aprovechando las horas de recreo, había yo preparado en el Colegio de aquellos buenos y sabios Padres, que siempre me han querido como tales.

Seguía después la lectura de aquellas que llamábamos Versos dedicados a Mamá en el día de su Santo; que si nada tenían de arte ni de metro, tenían mucho, muchísimo, de la poesía del corazón, la poesía del amor.

¡Dios felices, horas, inolvidables horas de mi niñez! Yo no puedo describir la belleza y encantos de aque-

llas escenas tiernas y conmovedoras que se desarrollaron en mi hogar con motivo del santo de mi madre. Por eso, en esta tarde de Abril, junto al mar, al conmemorar ¡solo! el aniversario de aquel día tan memorable, cuyo recuerdo me ha perseguido tenaz e insistente toda la mañana, pero como un consuelo y lenitivo de mi soledad; yo me complazco en evocarlas y gustarlas, con la melancólica suavidad que las embellece más y más, y las cubre con un velo de poesía espiritual. Por eso también, al volver a leer la página del libro que tanto me ha impresionado

¿Qué dicha no se acaba?

¿Qué hora veloz no corre?

no he podido menos de exclamar: ¡Ah, sí! pasaron aquellas horas de inocencia y de niñez, que formaron nuestro corazón tierno y sensible, para hacerle sentir y amar, y venerar todo lo que tiene algo de bello y hermoso. Se acabaron y fueron para no volver las dichas y goces purísimos de aquella edad, toda ventura y felicidad.

Pasaron, sí, mas para consuelo y alivio nuestro, vivirá siempre en nuestro corazón su recuerdo: ese recuerdo que además de ser la savia fecundísima que alimenta la planta del espíritu, es también un símbolo consolador, el símbolo del culto del hogar, que es el culto más grande y hermoso, después del de Dios y el de la Patria.

EL SOLITARIO.

ADIVINANZAS

I

¿Quién es aquel caballero,
Urbano, fino y atento,
De aparatoso talento,
Que desafía a la Iglesia;
Y cuando le piden cuentas
Cristianos de buena ley,
Está mudo como un buey
Y na hilvana una respuesta?

II

¿Quién es aquel Rui-Señor
Vestido de anillo y seda
Que alarga su mano lada,
Y la besan los incautos;
Que ha causado más desgracias,
Rompiendo el lazo de unión
Entre Roma y mi Nación
Que cien temblores y baguios?

III

¿Quién es aquel figurín
Que entre dos aguas navega
Y a todo culto se pliega
Para medrar y subir;
Y abre la biblia devoto,
O toma el mandil furioso,

Y en la escuela es un coloso
Y en su casa un arlequín?

IV

¿Quién es aquel volteriano
Que da miel como la abeja,
Y el aguijón clava, y deja
El escozor de la duda;
Y es astuto como zorro,
Más malo que una tronada,
Mandilero de mesnada
Y da más besos que Judas?

V

¿Quién es aquel santurrón
Que invoca a Juno o Mahoma,
Que echa pestes contra Roma
E inciensa a la Independiente;
Que tiene a Dios en los labios
Y a Lutero dentro el pecho,
Y habla siempre con despecho
De toda extranjera gente?

VI

¿Quién es aquel picapuerco,
Que tira a estilo de Zola,
Y al rojo de la amapola

Y al verde del zacatal;

Y con su pluma se gana
La pitanza y nombradía,
Mojándola noche y día
En inmundo lodazal?

VII

¿Quién es aquel ricachón
Que gasta el lujo de Crespo
Y está en el despacho tieso
Y en palacio servicial;
Que se zampó de la mitra
El jugo y toda la molla
Y vació tanto la olla,
Que dejó huesos no más?...

VIII

¿Quién es aquel Heliogábalo
Que se cambió la conciencia,
Y lo que busca es herencia
Y asistir a los convites;
Que habla siempre del menú,
Desdeñoso y comodón,
Remilgado y criticón?...
Lector, acierta y no imites.

P. de ISLA.